

Discurso en Concepción

GONZALO ROJAS*

1. Se me pide, con ocasión de esta Feria, que hable del libro, pero no sé del todo lo que es el libro, aunque he vivido en diálogo con él desde las infancias que no cesan. Estoy pensando en el libro manantial, tan lejos del best seller, en ese libro único escrito por el hado, que me permite ser y crecer, en esa urdimbre del sentido y del sin sentido al mismo tiempo, que me hace vislumbrar el caos primordial; en el libro creador llámese *Biblia*, de los Vedas, o *Corán*, o *Popol-Vuh*, o *Libro de los Muertos*, o en aquel juego de Ilión, o el *Quijote*, o el *Fausto*, o la *Divina Comedia*, o en aquellas piedras angulares que Harold Bloom registra con el designio de Canon Occidental. Pero pienso también en ese otro libro que vamos escribiendo entre todos: el del instante y el de las galaxias, que excede a toda imaginación; a la de los poetas y de los físicos, que es la misma.

2. Lo he amado al libro, lo he respirado y lo he vivido en ejercicio desigual; unas veces como naciendo página a página, línea a línea, sobre todo en el caso de la poesía visionaria, del pensamiento jónico o de la física de hoy, y otras también como desnaciendo. El tiempo fluye en ellos –en los libros– como ese río incesantemente resurrecto de que nos habla Heráclito. Me gusta el ruido del papel cuando rasgo esas hojas donde alcanzo a oír todavía el arcángel del papiro, pero me consta que mucha lectura envejece la imaginación del ojo, y nunca he confundido información con sabiduría. Volviendo a lo de ojo, lo que me importa es ver, transver, intraver, hasta la

*GONZALO ROJAS: Poeta. Premio Nacional de Literatura. Premios internacionales: Reina Sofía, José Hernández. Una voz mayor de la poesía escrita en lengua castellana.

videncia. Así, desde niño, fui un comelibros insaciable hasta el amanecer, pero no se me secó el “celebro” como dicen nuestros paisanos –que son de suyo cervantinos–; antes bien la poesía se me hizo conducta y –mucho más genealógico que láríco– asumí el desafío fundacional que me enseñó Sarmiento. El hombre es hijo de sus obras y uno mismo va hilando su propio libro, de la contemplación a la acción. Los errores son míos, pero las erratas no; ésas las ponen los tipógrafos y en este caso los tipógrafos son esos “escribas” frustrados, de mala fe, y habrá que ventilarlos para que se aireen. “La chair est triste, hélas, et j’ ai lu tous les livres”, dijo Mallarmé que algo sabía de la cosa: “la carne es triste, ay, y me he leído todos los libros”.

3. Un paso más. No soy libresco y mi escritura registra más bien el trauma primario de lo natural –de ahí mismo la sintaxis deshilachada–, y tal vez por eso nunca me llamaron a integrar la Academia Chilena de la Lengua, filial de la otra, pero adoro los libros progenitores y no sé qué haríamos sin ellos. Una peste, una epidemia que hiciera estragos invisibles en la materialidad de esos papeles, un envenenamiento general de los signos portentosos, una maligna corrupción, y adiós a la memoria. A la memoria madre, esto es a Mnemosyné, madre de las Musas. ¿Qué haríamos con esa mutilación del universo si el universo mismo es un libro? Perduraría el prodigio del manantial oral que tampoco cesa, pero ¿qué haríamos sin libros? Lo sé por dentro como escritor que escribe su propio libro de aire desde hace tantas décadas, unas veces volátil en el sueño y otras veces en el papel. Esa pérdida sería infinitamente mayor que la quemazón de todas las bibliotecas de Alejandría posibles.

4. *La Miseria del Hombre*: ése es acaso el libro único que me fue dado escribir, tan próximo al barranco del vacío. El es y sigue siendo mi cantera, y “quod scripsi scripsi”. Todo está ahí, y perdura: el respiro-asfixia, el desenfado, el vaivén pendular: de lo muy abierto a lo críptico, el desollamiento, el tono, la ambigüedad riente. Aprendí a escribir demorándome y en eso ando todavía. Pues de veras yo mismo soy mi libro inconcluso, levemente camuflado debajo de otros veinte títulos que son máscaras de lo mismo, personas de la misma persona que, ya de suyo, quiere decir máscara en latín clásico. La cosa se explica desde el momento que todos somos parte de la farsa y bailamos el mismo baile, del vagido al velorio. Permítanme el recuerdo de un pequeño episodio que me conmovió, y de eso hará unos

cuatro años allá en el sur; con mayor precisión, en Ancud mismo. Algún maestro me invitó a leer ahí ante un público de exclusivamente niños que oyeron con asombro de niños a lo largo de una hora o más mi poesía. Ya al cierre, uno de ellos, de unos once o doce, me dijo como quien dispara: “—Oiga, poeta, y cuando usted termina de escribir ¿no le funciona como que le quedó inconcluso?” Les digo a ustedes que nunca ningún crítico me iluminó tan hondo. Pensé en una frase de Goethe que también fue niño hasta el fin: “Que no puedas llegar nunca: eso es lo que te hace grande”. Sí; los niños viven el enigma mucho más que los mayores.

5. Que otros digan, si pueden, la anatomía y la fisiología del libro, el instrumento más bello inventado por el hombre; o que discutan sobre la peripecia del libro que vendrá. Sabido es que el pergamino sucedió al papiro y después vino el papel cuya invención es de los chinos, lo mismo que la impresión en bloques desde el siglo noveno y los tipos móviles desde el undécimo. Todo eso tomó tiempo en Europa. Personalmente he consultado en la Biblioteca de Pekín los hermosos libros enrollados en cilindros en los que los ideogramas resplandecen como pintura y música a la vez. Ser letrado en China es ejercicio largo y paciente, y sólo el que maneja sobre treinta mil caracteres es realmente docto como me lo dijo en persona el viejo poeta Juo-Mo-jo. Qué lejos nosotros los impacientes con nuestra mísera caligrafía cada vez más menesterosa y nuestra confianza total en los mecanismos tecnológicos del día que seguro serán sobrepasados y cuya eficacia actual no está en discusión. ¿Qué pasó con la lozanía del diálogo entre mano y pensamiento, entre músculos y arterias de la mano y pensamiento? ¿Tendremos que cedérselo todo al tacto sigiloso de la computación? Valga la perplejidad sin nostalgia ni asombro mayor.

6. No soy Mallarmé, ni Valéry, ni Maurice Blanchot ni Borges para intentar descifrar el correlato Libro-Mundo.

Mallarmé por ejemplo concibe al libro siempre en movimiento, siempre en el límite de lo disperso y la desaparición. De ahí su conciencia del límite y su obsesión por la construcción de la pieza bajo el imperativo del “ostinato rigore” de Leonardo, para así llegar a compaginar el tiempo y el momento, tormento de todos los artistas que piensan profundamente en su arte. En efecto, no hay escritor responsable que no haya cavilado hondo sobre la naturaleza y la función del libro, de Cervantes a Carpentier, de Montaigne

a Octavio Paz. ¿Qué es el libro por último? ¿Qué es eso de inventio, dispositio, elocutio? ¿Palabra, o silencio? ¿De qué nos disfrazamos cuando escribimos que no sea de tiempo? ¿Cómo dialoga el libro con la oralidad? ¿Qué escribieron los grandes de los grandes? Sócrates, ¿qué escribió? ¿Cristo, Pitágoras, Buda? ¿Por qué Kafka pidió que le quemaran sus papeles? Y, ya en orden a la urdimbre llamada obra, ¿no es preferible no alcanzar para alcanzar, o asomarse a lo inconcluso de lo eterno, como pareció quererme decir ese niño? ¿Basta con un texto, o hay que leerse todo ese volumen de 1855 (Whitman: *Hojas de hierba*) o *Las flores del Mal*, 1857, de Baudelaire?

7. Porque parece haber lo macrocósmico y lo microcósmico del libro, sin caer en lo esotérico. En todo caso lo que importa es que no se vea la mano, y eso lo sabemos los poetas. A Dios en el Libro Mundo no se le ve la mano.

De muchacho entré a un grupo de proyecto surrealista por demás libresco, más hijo del villorrio que era Santiago que de la urbe inexistente. Los jóvenes peruanos lo hicieron mejor con César Moro a la cabeza, o Jorge Eduardo Eielson; o los de Buenos Aires con Aldo Pellegrini, todos los cuales guardaron las proporciones. El Mapocho definitivamente no era el Sena. Me aparté de lo vanguardero y, ya sobre los 22, giré en 180 grados y cambié la Biblioteca Nacional después de un hartazgo de futurismo, cubismo, expresionismo, *imagism*, dadaísmo, creacionismo, por el espejo grande del desierto y las cumbres andinas de Atacama. Allí escribí:

Libros y libros, libros hasta las nubes
pero la poesía se escribe sola,
se escribe con los dientes, con el peligro,
con la verdad terrible de cada cosa.

Tal vez nos faltó Matta para aclarar la cosa en Santiago, pero él entró temprano en la órbita de los errantes y asumió la claustrofobia de París para pintar el estallido. Cada uno se desinstala como puede para ser, para ser de veras. Yo lo hice pedregoso por allá arriba con los mineros pobres, unos doscientos o algo así, por esas sierras altísimas. ¡Lo que aprendí de esos mineros ignaros, de su seso libérrimo y espontáneo! Claro que por mi parte y a la recíproca yo también les enseñé algo y los alfabetiqué a mi modo en una especie de silabario de Heráclito que me inventé a falta de material didáctico (por lo demás yo no era maestro de nada): unas hojas que pinté con

caracteres grandes en papel estrasa de envolver a imagen de los caligramas. Que sirvieran de algo las vanguardias.

8. Cuando pensamos con pensamiento sobre el libro en nuestra América, se nos aparece Borges como de golpe, ese animal mitológico de nuestras letras que ni por un momento se nos ha muerto. El creía hasta la evidencia en el paraíso-biblioteca y así lo dijo tantas veces. Lo vio todo, lo leyó todo por dentro, y la biblioteca del padre fue su gran juego desde niño. Después –ciego y todo– lo siguió viendo todo. Porque no fue un bibliófilo, ni ese letrado memorioso que tanto admira el mundo, sino algo más: un vidente.

–“Pienso que el libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres”, apuntó esa vez el 24 de mayo de 1978. Y agregó: “Le debemos tanto a las letras. Yo he tratado más de releer que de leer. Creo que releer es más importante que leer, salvo que para releer se necesita haber leído. Se habla de la desaparición real del libro. Yo creo que es imposible, aseguraba. ¿Qué son las palabras acostadas en un libro? ¿Qué son esos símbolos muertos? Nada absolutamente. ¿Qué es un libro si lo abrimos? ¿Un cubo de papel y cuero, con hojas? Pero si lo leemos ocurre algo raro: creo que cambia cada vez”.

Y nosotros cambiamos si somos. Eso lo agrego yo.

Sí; leamos el mundo. Releámoslo de Homero a Borges. Esos dos ciegos saben más.



Gonzalo Rojas.